
Editorial

A pesar de la abundancia de ensayos que se han realizado en diferentes momentos, en que se ha investigado y revalorado el patrimonio industrial, aún quedan por contarse nuevas y diversas historias de establecimientos fabriles que están diseminados en el país, y que actualmente siguen en pie de manera parcial o total, o que incluso permanecen manufacturando la materia para la que fueron construidos. Estas construcciones fabriles son el resultado de una serie de procesos que las han conformado como verdaderos ejemplos de producción industrial. No queda ahí; la mayoría de los ejemplos aquí representados han trascendido varios años y aún podemos apreciarlos. Aunque los inmuebles han sido modificados, todavía conservan algunos vestigios que nos permiten entrever el prestigio que lograron alcanzar en sus mejores momentos productivos.

Una nueva generación de investigadores, reunidos en el seminario “Procesos de Industrialización en México”, de la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos (CNMH), que hasta el momento se han dedicado a la reconstrucción histórica o arquitectónica de los espacios de producción en sus posgrados e institutos de investigación, nos presentan diferentes modelos de análisis, historias de unidades productivas tan variadas que van desde la elaboración de harina de trigo hasta la manufactura del papel y los textiles. Este *Boletín* ofrece estudios de caso novedosos de la historia a la arquitectura, y de la arqueología a la ingeniería, con el único propósito de destacar la vigencia que el estudio de la historia de la industria de México aún tiene.

La manufactura textil fue uno de los ramos productivos pilares de la industrialización mexicana. El estudio de caso de las fábricas en México parece que aún no se ha agotado, y uno de los ramos productivos que poco se han estudiado es la industria lanera en el siglo XIX. El artículo sobre la fábrica de lana La Victoria refleja la infinidad de posibilidades que tenemos a quienes nos interesa esta materia. Con escasas fuentes históricas de diferente origen —estadísticas, planos, fotos y hemerografía—, Gustavo Becerril desarrolla una bre-

ve pero sugestiva historia que trasciende no sólo la esfera de la historia industrial sino también la historia empresarial, de la tecnología y de los sistemas constructivos. La Victoria es un claro ejemplo de una fábrica asentada en las inmediaciones de la ciudad de México que surge de la visión del empresario de la época y que logra trascender más allá de la etapa industrial porfirista. Aún se puede visitar parte de lo que fue la fábrica, pues el autor constató la alteración que sufrió para dar cabida a una tienda comercial, lo que ha permitido que aún se pueda apreciar el sistema constructivo que caracterizó a las fábricas de finales del siglo XIX.

Pese a que la producción de lana tuvo sus orígenes en el siglo XVI, la fabricación de algodón fue la principal producción en México. La importancia de la industria textil no sólo radicó en la trascendencia y evolución de las unidades productivas. A finales del siglo XIX una constante fue el vínculo productivo entre fábricas, tal es el caso de las fábricas San Ildefonso, Barrón y La Colmena, que ostentaron el título de la “trinidad del hilo”, como resultado de un proceso sociocultural que las articuló en torno a una importante región productora de textiles del Estado de México, en el marco del movimiento obrero mexicano. La riqueza del análisis industrial radica en la óptica con que se aborda el objeto de estudio; en este ensayo, Gilberto Vargas amplía su perspectiva al trío productivo como un espacio diseñado por grupos humanos relacionados a partir del uso, posición y relaciones que se generan en torno al espacio. La propuesta de Vargas radica en la dinámica existente entre la generación espontánea de percepciones y representaciones de una pluralidad de individuos provenientes de diferentes clases sociales del campo y la ciudad que convergen en un espacio en el que surge una nueva clase social: la obrera textil. La conversión de aquellos campesinos, leñadores y tejedores artesanales en operarios sometidos a nuevas dinámicas y

modos de vida regidos por las fábricas. El autor explica cómo ese vínculo productivo se afirmó además con el establecimiento de la calzada Hiladores como una especie de senda de comunicación entre las tres fábricas del municipio de Monte Bajo, hoy Nicolás Romero. Las expresiones se exclaustran a las plazas públicas como una manera de instar a la unión de los obreros como clase social, la petición de disminución de tarifas y jornadas de trabajo, despido de trabajadores, materia prima defectuosa y veladas laborales, serán las batallas del hilo. Esta unión les permitió igual solicitar soluciones por las represiones tanto a gobiernos conservadores como liberales.

Al igual que el Estado de México, Puebla también fue una de las principales regiones en la producción de textiles. Aunque esta es una de las regiones más estudiadas en lo que a materia industrial se refiere, todavía se pueden definir objetos de estudio diferentes a partir de los edificios que aún se conservan. Puebla destacó desde el siglo XVI por su producción de textiles, y el río Atoyac admitió varias de las fábricas más importantes y representativas del estado. En la actualidad, algunas de ellas aún están en pie y Luis Ibáñez nos lleva por la vertiente de este río para mostrarnos la evolución que han sufrido las fábricas del corredor industrial y la repercusión que tuvieron en la urbanización de la zona metropolitana de Puebla-Tlaxcala. Ibáñez exhibe cómo a partir de los edificios que aún se encuentran en pie se puede observar la evolución constructiva y la utilidad que estas edificaciones tienen como fuentes de análisis arquitectónico e histórico. La sugerencia de que los complejos industriales de la región tuvieron como base edificios preexistentes no es nuevo; sin embargo, el arquitecto Ibáñez nos expone un modelo de evolución por etapas de las construcciones industriales y cómo se adaptó a otras fábricas. En este sentido, los esquemas evolutivos son de gran utilidad para ad-

vertir el desarrollo constructivo propuesto por el autor. Los diversos materiales y sistemas constructivos que contienen las edificaciones permiten analizar las nuevas tecnologías implementadas sobre todo en etapas de modernización de los complejos manufactureros. La propuesta de la evolución de las fábricas más representativas de Puebla proporciona una herramienta más de análisis desde el punto de vista arquitectónico.

Las construcciones que tuvieron uso industrial se extienden en buena parte del centro del país y más allá de esta demarcación. Primordial resulta el análisis de la funcionalidad de los espacios a partir del uso de nuevos materiales y técnicas constructivas introducidas sobre todo en el Porfiriato. Almidia Patricia Ruiz, tras una ardua labor de registro de edificios industriales logró, mediante un enfoque arquitectónico, elaborar una propuesta metodológica que abarcara todos y cada uno de los elementos constitutivos de las edificaciones con el fin de especificar una tipología constructiva como requisito para una apropiada conservación e intervención de los inmuebles. Cada vez más construcciones industriales son demolidas o restauradas bajo criterios que no contemplan la estructura y los materiales. A partir de la conjunción de los antecedentes constructivos de las fábricas y su evolución constructiva, la autora propone su trabajo como un documento técnico de apoyo y consulta para el rescate y la conservación de estos monumentos. La ficha de catalogación, ejemplificada con la correspondiente a la fábrica de Vista Hermosa, en Oaxaca, significó no sólo una herramienta de organización de información arquitectónica, sino también un instrumento de comparación para los diferentes casos estudiados en el trabajo doctoral del que se hace referencia.

No sólo la producción textil destacó en el ámbito productivo industrial mexicano; la manu-

factura papelera también tuvo presencia dentro de la dinámica industrial y uno de sus representantes más significativos fue la fábrica de papel San Rafael. Andrea Silva examina esta fábrica desde disciplinas como la historia y algunas de sus ramas como la historia empresarial, así como la economía y el conjunto de elementos de explotación industrial generados por las actividades económicas de cada sociedad y el conjunto de bienes que conforman su ejemplo fabril. Silva plantea el estudio de la historia de San Rafael para demostrar su valor patrimonial en materia industrial. Fundada como una ferrería, la fábrica papelera resurge para aprovechar los recursos naturales forestales e hídricos, lo que le permitió, a finales del siglo XIX, figurar en el espectro productivo de la región. Fundamental en la historia de este establecimiento fue la dinámica empresarial emprendida por sus propietarios mediante la adquisición de otras fábricas como el Progreso Industrial en 1904-1905 y el establecimiento de contratos benéficos con Alberto Lenz, propietario de la fábrica de papel Loreto, así como la compra de algunas fábricas más, como Belén y Santa Teresa, con la intención de instaurar un monopolio del papel.

La elaboración de harina de trigo ha sido otro ramo que históricamente ha estado unido a la vida productiva de nuestro país. Uno de los tres ejemplos que aquí presentamos es el Molino de Flores. Una muestra de que todavía existen vestigios por estudiar nos lo presenta Rosana Espinosa con un novedoso trabajo sobre la hacienda Molino de Flores. Redactada con el propósito de difundir y esclarecer la historia de esta edificación y de producir un documento base para la conservación de sus restos materiales, la reconstrucción histórica de esta hacienda cuenta con fuentes de diferente origen, lo que le permitió a la autora generar un acervo particular de esta unidad productiva. Espinosa se

centra en el funcionamiento hidráulico del molino, pues es de los pocos que aún se conservan, como una forma de destacar la importancia del recurso hídrico (el río Coxcacuaco) en la finca, lo que le permitió trascender en el panorama fabril de la zona oriente del Estado de México. A través de la revisión de las diferentes etapas históricas, Rosana Espinosa ejemplifica cómo se entrelazaron sistemas productivos al interior de la hacienda de tal forma que elaboraron, en su origen, harina de trigo y paños; posteriormente, la conformación de las características propias de la hacienda: labores y estancias de ganado y el dominio de los recursos naturales, la mano de obra y los mercados regionales y locales. La explicación que hace la autora de la edificación molinera, sus componentes y su funcionamiento, le permitió a Espinosa el cotejo de las instalaciones que aun se conservan respecto a los modelos molineros del siglo XVI.

El segundo ejemplo es el molino de San Antonio, cuya semblanza lo ha vinculado a la historia de Querétaro a partir de evidencia histórica y cartográfica. Andrés Torres y José Sosa nos detallan algunas de las renovaciones que sufrió dicho molino entre el siglo XVII y el XIX. Con 150 años funcionando como molino de granos, San Antonio tuvo un resurgimiento de la mano del destacado empresario Cayetano Rubio, propietario también de las fábricas El Hércules y La Purísima, quien le dio un nuevo aspecto al modificarlo en una fábrica textil y dotarlo de la infraestructura necesaria para explotar el recurso hídrico de la región. Torres y Sosa destacan la importancia de la localización de documentos que les permitieron registrar las características constructivas y los materiales de construcción que de estos edificios industriales — que son fundamentales para la restauración de los inmuebles que aún existen— que actualmente tienen otro uso completamente diferente para el que fueron creados.

El tercer ejemplo es el Molino de Atequiza. Las haciendas fueron el espacio seleccionado para aprovechar las condiciones básicas para el funcionamiento de una industria como la del trigo. Laura Pacheco nos guía a través de la historia de la hacienda de Atequiza para reconocer la multiplicidad de actividades industriales que se alojaban en estas unidades agrícolas; para el caso de Atequiza la autora identificó la fabricación de ladrillos, la elaboración de alcohol de maíz, la molienda de trigo, la extracción de cantera y la generación de energía hidroeléctrica. A lo largo de su estudio se aportan cada uno de los factores que posibilitaron la coexistencia de tan variadas actividades productivas, así como el nivel tecnológico que exhibió, en ese sentido, el fomento estatal; las condiciones naturales y la cercanía con la capital del estado facilitaron el establecimiento de uno de los centros precursores del progreso industrial del estado. Asimismo, Pacheco analiza la hacienda jalisciense como un ejemplo de la “hacienda moderna” a partir de la lógica capitalista de los hacendados porfiristas que vieron la oportunidad de generar diversas actividades industriales sin dejar de lado las labores de campo.

Creemos, finalmente, que la ardua labor que los especialistas realizaron y que se conjuntan en este *Boletín* especial es el resultado de años de trabajo para contribuir al estudio de la historia, la arquitectura, la tecnología y la arqueología industrial de México. La intención no se queda únicamente en la mera exposición de estudios de caso; también se busca, mediante estos ensayos, revalorar los establecimientos que fueron industriales, que aún se conservan y que deben ser protegidos como parte fundamental del patrimonio histórico de México.

JOSÉ GUSTAVO BECERRIL MONTERO
Editor invitado